

traviesas podridas, los carriles gastados y desatornillados, los túneles inseguros, los puentes agrietados, los terraplenes que tienden a derrumbarse, las máquinas cansadas, el servicio negligente, las comidas envenenadas, todo, hasta los atrasos, la confusión..., todo converge al mismo legítimo fin: conmover hondamente al viajero, procurarle sensaciones supremas.

Creemos, pues, que la Compañía no se negará a recibir algunos consejos que perfeccionen su obra.

Así, por ejemplo, sería altamente dramático y excitante distribuir a lo largo de la vía destacamentos de bandidos que tiroteasen el tren. Otrosí: meter en cada vagón un lobo hambriento nos parece un medio eficaz de impedir que el viajero tenga ocasión de aburrirse. Y, por último, como medio de producir la más aguda impresión, debía tener la Compañía en cada estación empleados que, al pasar el convoy, se aproximasen al viajero y delicadamente, con todo respeto, le clavasen una navaja en el costado.

El viaje quedaría de este modo señalado con indelebles encantos y cicatrices.

Septiembre, 1871.

LA COLERA DEL CENTRO OBRERO

Un día, el Centro Promotor de las Clases Trabajadoras sintió el ímpetu de modernidad de salir de su obscuridad venerable y de su modestia tradicional. Apeteció las emociones del peligro. Apeteció la popularidad del telegrama. Apeteció la prosa descriptiva del señor Melicio, corresponsal.

Para esto peroró, gritó, adoptó resoluciones...; en seguida, esperó. Su deseo, su capricho, era atraer sobre sí un golpe de Estado. Y después, tomar las bellas actitudes de protesta y causar la impresión que aun causan los mártires en Villanueva de Cerveira y en Mogofores...

Pero precisamente el ministro tuvo la imprudencia de llamar a su despacho al vicepresidente del Centro, y amigablemente, tomando ambos un polvo de rapé, cambiaron algunas palabras. El señor ministro pedía que el Centro no continuase discutiendo asuntos que no le eran permitidos por el regla-

mento ni por su dignidad corporativa. Escuchando estas amonestaciones, el vicepresidente del Centro estremeci6se de júbilo. Allí estaba entero, real, presente, completo, el ansiado golpe de Estado. Y apenas terminó de hablar el ministro, he aquí al vicepresidente, que corre hacia la sala del Centro y vocifera, como si se tratase de un codillo:

—¡ Señores, lo llevamos!

—¿ El golpe de Estado?—interrogó el Centro, ávido, con los ojos brillantes.

—Sí, ¡ el golpe de Estado!

Entonces, adoptando súbitamente el gesto de las grandes solemnidades, el Centro se puso a deliberar. Y para hacer alguna cosa así como la destrucción de la Bastilla (porque es preciso conservar la tradición jacobina), el Centro se subió a un banco, provisto de un martillo, descolgó cierto retrato de la pared de la sala, lo desempolvó, lo puso al pie de un armario y, tranquilizado por esta decapitación moral, se sacudió las manos, limpi6se los hocicos y, puesto en pie, hizo un juramento.

No sabemos nosotros, ni ha sido posible averiguar claramente, qué discusiones agitaban la atm6sfera sofocante de la sala del Centro. Dicen unos que allí, a horas avanzadas, se hablaba de la Internacional y de sus pompas, y se discutía la sangrienta cuestión del salario. Quieren otros afirmar,

con más seguro criterio, que las discusiones del Centro eran de orden político e intrigante, y que se desmenuzaban en ella Ministerios, Cámaras, reformadores, elecciones, influencias, partidos y otras torpes especies análogas.

Estas dos informaciones alteran completamente el indefinido perfil de la cuestión.

Si el Centro Promotor discutía en sus reuniones la política que intriga y que gruñe en San Bento, entonces la advertencia del señor ministro adquiere una alta significación de sensatez y de derecho. No sólo está dentro de la legalidad, porque hace cumplir un estatuto, sino en la verdad, porque aparta a los que trabajan de la sombra de los que enredan.

Sí; el señor ministro tiene razón, amigos operarios del Centro. El deber de vuestra Asociación no es discutir combinaciones ministeriales o personalidades estériles. ¿ Qué importa a vuestro bienestar, a los buenos colores de vuestros hijos y a la substancia de vuestro puchero, que el fardo de los asuntos públicos, pese sobre las recias espaldas del señor Avila o sobre las magras costillas del señor Bramcamp? ¿ Queréis prestar vuestra colaboración a la política? ¿ Vosotros? ¿ Tan desmoralizados estáis que deseáis abandonar vuestra dignidad de trabajadores, para venir a encorvaros entre la adúladora humillación de los políticos? Vosotros, los produc-

tores por excelencia, porque sólo trabajáis, ¿qué tenéis de común con los políticos improductivos por excelencia, porque sólo intrigan? ¿Queréis cambiar la digna fatiga del taller por la ociosidad mendicante del Parlamento? ¿Queréis cambiar vuestras libres herramientas por la pluma de pato de las oficinas públicas? ¿No es otro vuestro deber, otro el destino de vuestro pensamiento? ¿No tenéis, para absorber vuestra atención, las altas cuestiones de salarios, de trabajo, de revolución, de escuela, de instrumentos, de asociación? Las cuestiones sociales, las vuestras, se levantan en todos los puntos del horizonte y se acercan corriendo, corriendo, sobre el viejo mundo podrido. Volved a vuestros intereses y volved a vuestras cosas. Dejad al señor A ser un político de carcajada y al señor B un hombre de Estado de mofa.

Pero si, por ventura, el Centro Promotor trataba tan sólo en sus sesiones la cuestión social y obrera—el salario, el trabajo, la asociación, la huelga—, entonces, ¡buen Dios!, la advertencia del señor ministro nos llena de confusión.

Parece realmente que nadie debe extrañarse de que una asociación creada para alcanzar el bienestar de las clases trabajadoras trate aquellas cuestiones que más vitalmente interesan a estas clases trabajadoras. Aquí, en confianza, entre caballeros,

confesamos que sería inmensa nuestra admiración si, reunidos los obreros, en vez de hablar de sus salarios, se pusiesen a discutir la mejor manera de servir el champaña. Y cualquiera de nosotros se quedaría pálido si viese en el Centro un trabajador que para salvar sus intereses de tal se levantase a decir:

—He pedido la palabra sobre la cuestión social. Mi opinión es esta:

*“La donna e móbile,
Qual piuma al vento!”*

Ciertamente, sería interesante y provechoso que el Centro Promotor se ocupase en averiguar y experimentar el medio más proficiente de bailar el cancan, porque conviene que cada uno conozca la manera de conducirse entre las sociedades cultas. Pero también no nos parecería enteramente inútil que, ya que se hallaban allí reunidos, esos obreros, después de haber dedicado una parte de la noche a las cuestiones serias (como, por ejemplo, la manera más encantadora de interpretar el final de *Lucía*), dedicasen también unos minutos, por placer, para reposo del espíritu, a la fútil y perezosa cuestión del salario.

Entiéndase bien: *As Farpas* no quieren en modo alguno sustentar la teoría de que las asociaciones

obreras deban discutir las cuestiones obreras. No. El trabajador, en sus reuniones, debe ejercitarse en recitar a Lamartine. Esto está establecido en la práctica de todas las naciones y en los principios de toda la economía... Pero conviene que de vez en cuando (y sin que eso perturbe los intereses de orden literario, lírico, elegante y romántico, que les están confiados) los operarios, ¡infelices!, se entregan en estudiar el mejor medio de no morir completamente de hambre.

El Centro se juzgó tiranizado, y protestó. ¿Cómo? Haciendo un arreglo en sus salones. El retrato del señor Sampaio, que estaba en la pared, está ahora en un armario. ¡Oh, grandes hombres del Centro! Vosotros quisisteis hacer una alta justicia social. Y ¿qué hicisteis? ¡Una alteración de mobiliario! Pretendéis significar por ese hecho que sois hombres de dignidad austera, y todo el mundo ha visto que sois sencillamente admiradores de las paredes desnudas. Venid acá: la decisión del ministro señor Sampaio ¿fué o no fué opresiva para vuestro derecho? ¿No? Entonces, ¿qué hombres sois vosotros que gratuitamente, caprichosamente, desautorizáis a quien os dió el derecho de asociación? ¿Fué opresiva? Entonces, ¿qué hombres sois vosotros que, por todo desahogo de vuestro derecho violado, de vuestro pensamiento reprimido, no tenéis más iniciativa que

la que pudiera tener un criado tonto? Vuestra justicia se ejercita quitando clavos. Esto nos lleva a creer que vuestro carácter se afirma jugando al peón. ¡Criaturas! ¡Pequeñuelos! ¡Grandes hombres del Centro! ¡Niños traviesos! ¡Ah, vuestra manera de protestar es cómoda para los hombres, pero terrible para el mobiliario!

—¡Quedan suspendidas las sesiones del Centro!—
declarará un día el Gobierno.

—¿Sí?—gritará el Centro—. Pues vuélvase la mesa patas arriba.

—¡El Centro está disuelto!—proclamará otro día el Gobierno.

—¿Disuelto? ¡Rásguense los cortinajes!

Son terribles. ¿Qué culpa tenéis vosotros, mesa sucia de tinta, colgaduras de las ventanas, cerraduras bondadosas, paredes cubiertas de papel francés?

¡Ay!, si el Centro se resolviese un día a conspirar de veras y el Gobierno a reprimir también de veras... ¡temblad, temblad, temblad, capachos del Centro!

Septiembre, 1871.

EL EQUIPAJE DE LA EXEMPERATRIZ

Los periódicos de este mes comentaron una singular cuestión. Denunciábase este hecho:

La señora doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, exemperatriz de los franceses (por un crimen de su marido), atravesó Lisboa para ir a España para ver los antiguos paraísos de su pasada mocedad; y el Gobierno portugués expidió a la Aduana una galante real orden para que no fuese revisado el equipaje de la dama.

A esto respondían algunos diarios negando que se hubiese dictado esa disposición, recordando otra por la cual quedan exentos de las indiscreciones fiscales los equipajes en tránsito, y afirmando que los baúles eximperiales, con un censurable desdén hacia las glorias de Lisboa, habían pasado rápidamente, sin curiosidad, de la aduana a la estación de Santa Apolonia.

Los periódicos acusadores contestaban a esto que

conocían de antiguo la excepción que beneficiaba a los equipajes en tránsito, pero que no era éste el caso del de la rubia y altiva inquilina de las Tullerías.

En esta discusión, el asunto de la India requirió la atención de los artículos de fondo, y la cuestión de las maletas se perdió en la desvalida penumbra de los ocios locales. Nunca se pudo averiguar si madame Bonaparte había sido delicadamente privilegiada con una real orden casi amorosa, o si se había aprovechado de las disposiciones de un decreto cualquiera, hecho para mí, para ti, para todos.

Si se concedió el privilegio—atiéndase bien—, el privilegio no nos escandaliza, aun cuando hemos visto bastantes veces, extendida en los mostradores de la aduana, en un despiadado desorden, toda la ropa que suele habitar en nuestras maletas. Pero como todo privilegio supone un mérito, nosotros queremos indagar cuál es el mérito de la señora condesa de Teba, y procurar desde luego alcanzarlo para nosotros mismos y para todos nuestros ciudadanos, poniendo así nuestra ropa blanca y la ropa blanca de aquellos a quienes amamos al abrigo de las instituciones.

Ahora bien, hallamos que la señora doña Eugenia de Montijo está casada con el asesino del 2 de diciembre, con el deportador para Cayena, con el

destructor de la riqueza de Francia, con el opresor de toda libertad, con el esclavizador de todo pensamiento, con el bandido que por las carreteras de Sedán sacudía la ceniza de su cigarrillo histórico sobre el pecho dislacerado de la patria. Todo esto impone a la señora condesa una complicidad moral... ¡Oh, sí, señores, ya sabemos: "es una infeliz, es una danta", etc., etc.! ¡Tregua a las frases! Y vamos derechamente a los hechos como una bala justiciera. La pobre Catalina de Médicis era también una infeliz y era también una dama. Lucrecia Borgia gozaba asimismo estas débiles cualidades. Madame de Brinvilliers también se juzgaba feliz y tampoco era un hombre.

La señora condesa de Teba no puede, sin duda, ser considerada tan especialmente nociva como esos tres ejemplares; pero en sus tiempos de emperatriz consorte se deportaba a Cayena y a la Isla de Fuego hombres cuyo único crimen era haber servido a la República del 48, a la que el propio Luis Bonaparte había servido también. Y esos hombres eran enviados a millares, en las bodegas de los barcos, hambrientos, azotados, a trabajar en los presidios. Y sus familias quedaban dispersas, y sus hijos en la miseria o en los asilos, y sus mujeres en perpetuas lágrimas de anticipada viudez.

¿Qué hacía mientras tanto la señora condesa de

Teba? La señora condesa de Teba, esposa y madre, bailaba en los salones de las Tullerías, entre un revuelo de tules, a los compases del violín de Strauss. Si esa devota Bênoiton, lectora simultánea de los manuscritos eróticos de Merimée y de las efusiones místicas de Mme. Swetchine, cree en Dios, nunca tendrá bastante vida para consumir en bastante penitencia.

Tales son los méritos que encontramos en la señora doña Eugenia Montijo. Si fué a ellos a los que la exemperatriz debió la delicada ventaja de no ser revisado su equipaje, de nada tenemos que extrañarnos. Solamente habremos de pedir entonces que se declare explícitamente por una real orden que algunos crímenes cometidos en el extranjero exceptúan a los bagajes de ser registrados en la aduana de Portugal.

Así quedamos todos advertidos, y no nos costará nada matar dos o tres grumetes a bordo al llegar a la barra del puerto. Con esa real orden el viajero tiene la alta ventaja de no ver arrugadas las pecheras de sus camisas. Antes de desembarcar, todo aquel que desea conservar cierto orden en su ropa se aproxima a un marinero o a un compañero de viaje y murmura dulcemente a su oído:

—Tenga paciencia, señor, pero yo no quiero que en la aduana me desarreglen mis calzoncillos, y, por

lo tanto, es preciso que me dé licencia para clavarle en el hígado esta navaja.

No teniendo esta precaución, es realmente triste que un hombre que no goce el privilegio de haber fusilado a sus semejantes en el bulevar o de haberlos enviado a morir de fiebre en Cayena, llegue a la aduana y, por falta de tres o cuatro crímenes en su historia, vea el pudor de sus calcetines expuesto a la indiscreción pública.

Septiembre, 1871.

XXVI

EL PRINCIPE HUMBERTO

Los diarios de Madrid contaron que el príncipe Humberto iba todas las noches, en la capital de España, a hacer su tertulia a un café donde generalmente se reúnen los individuos de la colonia italiana. Esta familiaridad, perfectamente contemporánea de la *Internacional*, llenaba de un espumoso júbilo a la Prensa monárquica y al dueño del establecimiento. En Lisboa se leía esto y se esperaba al príncipe Humberto, si no como un príncipe, por lo menos como un consumidor.

Sin embargo, S. A. llegó, estuvo y marchó despacito, en la punta de los pies, para no despertar a nadie. Y si tomó café, no tuvo la inspiración de ir a tomarlo a *Martinho*. ¡Tanto cohibe la etiqueta los instintos más naturales!

La población de Lisboa quedó desconfiada, sin saber si la abstención de S. A. significaba economía o desdén. En el primer caso, desearía presentarle como diputado reformista por Vonzella o por Palha-

res, quedando así definitivamente acomodada en la Península la Casa de Saboya. En el segundo, desearía simplemente volverle unas espaldas democráticas, vengando así exuberantemente al café de *Martinho*.

¡Calmaos, portugueses, y escuchadnos! La abstención de S. A. con respecto al café y a otros inefables encantos de la Baixa sólo significa timidez. Tantos tronos derribados, tantos reyes errantes, tantos palacios en los que el musgo crece, han vuelto a la especie timorata. Un rey, un príncipe, no se aventura entre las multitudes con la despreocupación de un hombre que entra en *La Diosa de los Mares*. Los reyes, hoy, pasan de largo, pegados a la pared; *tic-tic*, con un pasito menudo, reteniendo la respiración, un ojo en el pueblo y otro ojo en la puerta, como quien pasa delante de un mastín que duerme junto al muro de una finca largamente envuelto en el sol.

El príncipe Humberto tuvo esas precauciones delicadas: llegó despacito, estuvo quietecito, partió escondidito. Y he ahí, portugueses, por qué S. A. no fué a batir con la puntera de su bastón el mármol de una mesa de *Martinho*, gritando:

—¡Ginebra para uno!

Que S. A. se tranquilice. Nosotros vamos en nuestro trigésimo primero rey y aun no hemos devorado

a ninguno. En verdad, no íbamos a experimentar ahora nuestros dientes en un príncipe de otras tierras. Era caso de honra para nosotros entregarlo entero y sano al único país legítimamente autorizado para devorarlo: el bello país de Italia: *Italia mater!*

Tragar un príncipe ajeno sería indelicadeza y olvido de las buenas relaciones internacionales. Los compendios de educación, Alteza, nos enseñan que no debe meterse la mano en el plato del vecino. Sabemos, Alteza, que cuando nos muestran un fruto raro no es de etiqueta tirarle dentelladas, y cuando nos mandan un príncipe gentil no es fino engullirlo de un bocado. Podía V. A. pasar tranquilo en medio de este dulce pueblo; podía, incluso, V. A. haber sido más afable con los rejoneadores de la *tou-rada* de Cintra, para los que, según los despechados, V. A. no tuvo sino cigarros abominables, arrojados con un ademán de fastidio... Portugal sabe respetar a los príncipes de las naciones vecinas. Más fácil nos sería, instados por la gula revolucionaria, comer al señor Melicio a cucharadas y al señor Vaz Preto en hogazas... ¡Pero clavar las mandíbulas en un príncipe de Italia, nuestra hermana!... ¡Nunca! Si tal hiciésetis, el señor Juan Félix, espejo de civilidad, jamás os lo perdonaría, ¡oh, lusos!

Septiembre, 1871.

JULIO DINIZ

Un instante de tregua en este áspero tiroteo. Queremos dedicar un recuerdo a Julio Diniz. Que las personas de espíritu delicado se recojan un momento y piensen en él, en su obra gentil y fácil, que dió tanto encanto y que merece algún amor. Tal es nuestro mal, que no queda en la popularidad aquel alma privilegiada; nuestra memoria, fugitiva como el agua, tan sólo retiene a aquellos que viven ruidosamente, con un fuerte relieve. Julio Diniz vivió levemente, escribió levemente, murió levemente.

Un solo libro suyo, una novela, hizo palpitar con vigor la simpática curiosidad de las gentes. Fué *Las pupilas del señor rector*. Ese libro fresco, casi idílico, abierto sobre fondos de verdor, habitado por creaciones delicadas y vivas, sorprendió. Era un libro real apareciendo entre una literatura artificial, con una sencillez verdadera, como un paisaje de

Claudio Loreno entre recargados lienzos mitológicos. Era un libro adonde se acudía a respirar.

Julio Diniz amaba la realidad: era la fisonomía viril y valiosa de su espíritu.

Sin embargo, nunca se desprendió de su idealismo y de su sentimentalismo nativo. La realidad tenía para él una crudeza exterior que le asustaba, y, así, la copiaba de lejos, con recelo, dulcificando los contornos exactos que a él le parecían rudos, esparciendo una aguada de sensibilidad sobre los colores verdaderos que a él le parecían chillones. Sus aldeas son verdaderas, pero están poetizadas; parece que tan sólo las ve y las dibuja cuando las nieblas otoñales esfuman, azulean, idealizan la perspectiva. Nunca un sol generoso y sincero alumbró su obra. Todo en ella está velado por una bruma poética. No es que no ame, que no persiga la verdad, sino que, cuando la va a fijar en la página, trae ya la pluma toda mojada en el ideal que le ahoga.

Dicen que sus libros son memorias y que él hace la acuarela suave de los paisajes en que vivió, y que personaliza en personajes delicadamente trazados los sentimientos en que él mismo palpó. De ahí, seguramente, esa realidad que sus libros dejan entrever fugitivamente. Pero parece que Julio Diniz no fué afortunado, y que sólo al compás de los sollozos aprendió a latir su corazón; de ahí, pues,

aquellas medias tintas azuladas y melancólicas en que se mueve, en un blando rumor, la romántica población de sus libros; con ellas procura dulcificar la crudeza de las realidades humanas que le hicieron sufrir.

Era, sobre todo, un paisajista. Sus figuras únicamente sirven para dar expresión y vida al paisaje. Los campos, los montes, las claras aguas, los cielos profundos, no son en sus libros la decoración que sirve de fondo a una humanidad fuertemente sentida; sus campesinas novelescas, sus galanes violentos y tiernos, las encantadoras figuras de viejos, hasta sus caricaturas, fueron colocadas por él así para poder levantar con cuidado en torno de ellas, árbol por árbol, caserío por caserío, las aldeas que tanto amaba. Hay en sus novelas algún descampado, alguna era blanca llena de sol, alguna parra en la que se desperezan los gatos, que tiene más idea, más acción, más vida que las figuras vivas que alrededor se mueven.

Después de *Las pupilas del señor rector*, las obras de Julio Diniz pasaron inadvertidas entre la atención extraviada. Tendrá su día de justicia y de amor. A la manera de aquellos poblados que él mismo dibuja, escondidos en el fondo de los valles, bajo la fronda de los castaños, sus libros serán buscados como lugares de reposo, de aire ancho y sano, adon-

E Ç A D E Q U E I R O Z

de se va a equilibrar los nervios y a pacificar el tormento de la pasión.

Fué sencillo, fué inteligente, fué puro. Trabajó, creó, murió. Más feliz que nosotros, tiene afirmado su destino, y, para él, se ha resuelto la *gran cuestión*.

Pásemos, pues... Ya al otro lado, más allá de esta página serena, oímos, innumerables como abejas vengadoras, las ironías aladas que, con un rumor impaciente, zumban en el aire.

Septiembre, 1871.

XXVIII

COMO SE ES GENIO POR ESCRITURA
PUBLICA

"La historia es la conciencia escrita de la humanidad", dijo un hombre que tuvo el secreto de las palabras que quedan.

Nosotros podemos, según esto, decir que la historia de las Azores es la conciencia escrita de las Azores.

Ocurre ahora que entre el anterior Gobierno de Su Majestad y el señor Senna Freitas se hizo este contrato:

El país había de dar al señor Senna Freitas 600 pesos al año, en buen metal; y por otro lado, al señor Senna Freitas se encargaba de poner en letra redondilla, con buena ortografía, sana prosodia y puntuación exacta, la citada conciencia de las Azores.

Apenas fué firmado el contrato, estalló en toda la línea de la Prensa una serie de indignados argumentos. Se acusaba al ministro, se escarnecía el con-